

Consideraciones acerca de la muerte repentina

Por ENRIQUE GUARNER

EN el «Diario de un viaje por el Congo» de Merolla, publicado en 1692, se nos relata el siguiente episodio: «Un joven negro después de larga jornada tuvo que alojarse en la casa de un amigo. Este preparó para el almuerzo un puchero con carne de gallina, la cual se halla indefectiblemente prohibida por la religión de la zona. El viajero preguntó si se trataba del alimento vedado, a lo que su anfitrión respondió con una negativa absoluta. Fue por ello que con gran placer devoró el contenido del plato y al día siguiente prosiguió su camino.

«Años después retornó al mismo lugar y cuando volvió a encontrar a su compañero le inquirió de nuevo sobre lo que habían comido en aquella ocasión y entonces la respuesta fue que se trató de la hembra del gallo. En ese momento él comenzó a temblar sudando profusamente y sufrió un colapso cardíaco del cual falleció a las pocas horas». A pesar de la gran frecuencia de la relación de las emociones con la muerte súbita, el área ha recibido una escasa atención por parte de los médicos. Sin embargo, podemos afirmar que en México alrededor de 50,000 personas por año fallecen de padecimientos cardíacos que ocurren en forma repentina.

Un caso semejante al anterior fue narrado por el psiquiatra van der Hoeven quien señalaba: «Un hechicero de Nueva Guinea resultó ofendido por un papua y como venganza del agravio colocó un "bofiet" u objeto envenenado en la ruta que recorría su enemigo, quien hasta ese momento era completamente sano. No obstante, a partir del suceso comenzó a enfermar, aislándose del ambiente que le rodeaba y dos días después fue hallado muerto. Curiosamente la Corte acusó al brujo de maleficio y éste ni siquiera se opuso a la imputación por lo que fue castigado con un año de cárcel.

Se podría concluir que los dos casos fueron el resultado de síncope vasomotor sin que hubiera lesión cardíaca alguna, o sea, que se produjo una parálisis aterrizante, seguida de sangrado muscular, descenso de la presión arterial y finalmente vaso-constricción coronaria, indudablemente debida a una fuerte descarga adrenérgica.

La interpretación de estos sucesos resulta tan antigua como la misma humanidad y aparece relacionada en diversas ocasiones en La Biblia. Por ejemplo, se nos cuenta que cuando Urah tocó el Arco Sagrado, la ira de Dios hizo que inmediatamente muriera. Igualmente en el Evangelio de San Lucas se nos narra que cuando Ananias fue acusado por Pedro de no sólo haber mentido a los hombres, sino al Señor, expiró de miedo en el acto.

Aspectos psicológicos

La posibilidad de la muerte repentina por causas psicológicas ha recibido la atención de algunos psicoanalistas. En 1971 George Engel estudió las historias clínicas de 170 casos que habían perecido súbitamente. En general, ello ocurría ante la pérdida de objetos importantes o frente a problemas irremediables. También halló algunos en los cuales la defunción sucedía después de un gran triunfo o placer. En estos últimos pensó que no habían podido elaborar el goce, porque en el fondo nunca habían estado acostumbrados a permitirse. Un ejemplo de estos casos son las muertes que acaecen durante el coito.

Entre las conclusiones de Engel se encuentran: 1) Los sucesos no pueden ser ignorados o pasar desapercibidos; 2) Evocan una emoción intensa y 3) No hay control alguno sobre el acontecimiento.

Un trabajo experimental importante en relación con el tema de la muerte repentina fue el que realizó Curt Richter. Según este autor lo más importante en la vida es mantener alguna expectativa o esperanza. Esto pu-

do observarlo al colocar ratas en un tanque que contenía agua y verlas nadar por varias horas para sobrevivir. Sin embargo, existían algunas que de inmediato se sumergían sin luchar.

En la siguiente fase de la investigación Richter inmovilizó y rasuró los bigotes de los roedores antes de colocarlos en el depósito y contempló como un grupo mayor se ahogaban después de algunos minutos. Pensó que tal vez existía un elemento para mantener el equilibrio que se hallaba en los mostachos, pero no fue así, puesto que pronto el investigador demostró que todo dependía del tiempo en el que los animales permanecían paralizados. En otras palabras, si se perdía la esperanza de salvación sobrevinía una muerte adrenérgica, por lo cual ésta podía ser evitada inyectando corticoesteroides.

Esta misma teoría es sostenida por el psicoanalista León Saul, quien en 1972 en el «Psychoanalytic Forum» presentó lo que denominó «fallecimiento por impasse», o sea, que ante las situaciones insuperables sobreviene el desenlace.

Por otra parte los psiquiatras Weissman y Hackett han descrito la predicción hacia la propia defunción que muestran ciertos pacientes con cáncer que van a ser intervenidos quirúrgicamente. Los autores notaron que existían aquellos que pronosticaban sus muertes sin mostrar angustia o depresión. Todos ellos no sólo encontraban el suceso como algo inevitable, sino que hasta lo deseaban.

En un trabajo reciente Rhe y asociados ha explorado los cambios que ocurren en los eventos de la vida para que suceda un fallecimiento repentino. Los familiares de 60 personas que sufrieron una oclusión coronaria fueron entrevistados y todos concordaban en que alrededor de los dos años anteriores a que ocurriera el desenlace habían acontecido problemas mayores en la existencia de los que perecieron quienes en general se sentían indefen-

sos para superarlos.

La muerte como suceso psíquico

Hasta principios de este siglo la idea que prevalecía acerca del morir se derivaba de que el suceso constituía un corte del hilo de la vida, o sea, que simplemente resultaba la suspensión de una continuidad. Es por esta razón que el famoso biólogo danés Christian Ehrenberg veía la esencia de los procesos vitales como una forma de estructuración. Una vez que esto ha ocurrido, se desarrolla irreversiblemente una decadencia de la potencia vital. Por lo tanto la muerte es una condición que se aloja en nosotros cuando la existencia ha llenado la función de convertir aquello que todavía no estaba organizado en una estructura total.

En 1920, Sigmund Freud escribió su famoso libro que intituló «Más allá del principio del placer», en el cual atribuye el problema de la destructividad del ser humano a uno de sus instintos al que denomina «Tanatos» o impulso hacia la muerte. Según el psicoanalista todo lo orgánico tiene una tendencia de encontrar su estado anterior. Sin excepción tenemos que aceptar que todo lo viviente muere y que lo inanimado existía antes que lo animado. Los instintos de conservación o de búsqueda del poder son en el fondo parciales y están destinados a asegurar al organismo su camino hacia la muerte. En este texto Freud cita al filósofo Schopenhauer para quien morir constituye el verdadero sentido de la vida y su único objeto.

Por otra parte los impulsos e instintos sexuales persiguen la continuación de la vida al conjugarse las células germinales. A través de este proceso ellas son salvadas de la senescencia y se rejuvenecen. A continuación de este tema Freud discute la teoría del biólogo suizo Weisman, quien pensaba que existía una parte mortal llanada soma y otra inmortal constituida por las células germinales. Esta diferenciación sería válida

para los organismos multicelulares, pues según este autor los unicelulares donde la parte procreativa como la somática son una sola, serían inmortales. Freud demostró lo contrario al señalar que aún los infusorios ciliados mueren indefectiblemente si permanecen dentro del mismo medio, como resultado de sus propios desechos. Por lo tanto, ni aún la Biología contradice la presencia de un instinto hacia la muerte y el sadismo es el resultado de este impulso, mientras el masoquismo sería el retorno del instinto contra uno mismo.

Podríamos concluir que la pérdida de la existencia es mucho más negada que reconocida. Las creencias mágicas de los pueblos cambian parcialmente con la llegada de la civilización. La muerte es la detención súbita de los actos y resulta la condición básica para entender el significado de la vida. La creencia en nuestra inmortalidad no constituye otra cosa que la expresión del narcisismo humano que se rehusa a aceptar el hecho fundamental de la propia historia.